

LEYENDAS DE ROLDÁN

POR

JUAN AMADES

El gran Roldán, caballero de la corte de Carlomagno, fué un personaje incoloro y anodino del que la historia sabe bien poco, y no hay que decir que las escasísimas noticias documentales que de él se conocen nada tienen de extraordinario; antes bien son humanas y aun vulgares. La parquedad de la historia contrasta con la fastuosidad de la leyenda que, obedeciendo leyes y reglas aun desconocidas, ha convertido este caballero carolingio en una de las figuras legendarias de más fuerza de la tradición europea. Nuestro propósito no es el de estudiar su figura, sino únicamente el de referir las leyendas que nos son conocidas de sus hazañas y de su paso por los Pirineos, especialmente los gerundenses, teatro principal de sus heroicidades legendarias en tierras hispánicas, expuestas de manera llana y sencilla, tal y como las hemos recogido de la tradición viva aún en boca de las gentes del pueblo, que no ve ni cree lo mismo del gran personaje (exactamente lo mismo) a lo largo de la gran cordillera (ni aún de su parte oriental que ha sido nuestro campo de búsqueda). Debido a estas diferencias, la biografía legendaria de nuestro personaje no será de una concordancia absoluta, y aun en algunos momentos quizá aparezca algo dispar.

El caballero Roldán era un gran gigante que corría por los Pirineos matando los moros como moscas. Tenía una fuerza hercúlea y para matarlos se servía de diversos ingenios. De su enorme fuerza aun se hallan numerosos vestigios en diferentes lugares de nuestra cordillera. Roldán había nacido en constelación y esto le daba gracia especial. No podía morir de herida ni de golpe, y por lo tanto luchaba con la plena seguridad de que nunca sería herido ni lacerado. También disfrutaba la gracia de comunicar virtud a todas las armas que tomaba como suyas, las cuales adquirirían una fuerza extraordinaria e inmensa como él mismo. Roldán no era

de nuestro país, la tradición vasca lo supone nacido en las montañas de Guipúzcoa, donde permaneció de niño hasta la edad de 18 años, viviendo en una cueva, junto con una cabra que le hacía de madre, a cuya circunstancia debía su fuerza gigantesca. La tradición provenzal lo hace hijo de la bella Provenza, nacido en una caverna conocida por Cueva de Roldán, palacio de hadas y de ninfas, de las que era hijo, las cuales le habían comunicado todos los dones de maravilla que distinguen y caracterizan estos seres privilegiados. Lo más corriente es que se crea que procedía de tierras adentro de Francia y que guiado por su afán de matar moros y de detenerles el paso, para que no se adentraran tierras arriba hasta Dios sabe donde, se vino a los Pirineos afanoso para barrarles el paso y atajar su furia avasalladora.

Al llegar a nuestro país se detuvo en el castillo de Ultrera, junto a Sureda, en el Rosellón, y por efecto de su enorme peso de gigante, dejó marcada la huella de su pie en la roca viva, la que aun puede admirarse junto al precipicio, conocida por *la petja de Roldán*, es decir, pisada de Roldán.

Nuestro héroe cavalgaba un caballo tan bravo y valeroso como él mismo que compartía su fuerza y su coraje. Este tenía un solo ojo en medio de la frente. Al llegar el caballero junto a nuestra cordillera paróse a reposar en las primeras estribaciones del monte Canigó, cerca de Arlés de Tec. Y, mientras el gran paladín dormía, su excepcional caballo con el morro cavó un enorme hoyo en la roca viva, muy semejante a la pila de un abrevadero, que la lluvia cuida de llenar de agua y que las gentes llaman *abeurador del cavall de Roldán*, porque muchas veces iba a beber agua en él, mientras su esforzado dueño peleaba.

Nuestro héroe también dejó marcada la huella de su pie de gigante a las orillas del Nive y del Gaves, cerca de Montore, pisada que las gentes del país conocen por el *sabot de Roldán*, esto es: el zapato de Roldán.

Cuando Roldán trató de pasar los Pirineos por el valle de Céret, tropezó con un gigante moro que cobraba el pontazgo de esta villa del Vallespir, que le detuvo y le exigió el pago de un sueldo por el paso del puente, que era el tributo que tenía establecido el rey moro con el fin de reunir el caudal suficiente para luchar contra los cristianos y apoderarse de todos sus reinos. Al oír el gran Roldán las palabras del morazo echóse a reír y le dijo que él tenía paso franco por doquier y más aún por tierras de moros, y que aunque así no fuera, mal daría el dinero al rey moro,

cuando venía precisamente para guerrear con él y abatir su orgullo. Las palabras del caballero irritaron al moro que no dió su brazo a torcer. Los dos gigantes se liaron de palabras y no tardaron en pasar a las manos y el gran Roldán de un espadazo partió al moro en dos mitades como si hubiera sido un panecillo.

Roldán quiso sacar partido de su hazaña. Despojó al moro de sus ropas, vistióse con ellas y se presentó al rey moro diciéndole que conocía muy bien la tierra de Francia y se le ofreció para capitanear un ejército, que merced a su conocimiento del terreno, podría en pocos días apoderarse de todo este país y aun conquistar su corte y hacer prisionero al rey. Las palabras del caballero entusiasmaron al moro que, envidioso de poder y de dominio, armó siete poderosos ejércitos que al mando de Roldán emprendieron el camino de Francia, ávidos de luchas y de conquista y que en poco tiempo habrían de llegar hasta las puertas de la corte, en la que sembraron el pánico y el miedo.

Roldán había abandonado su país porque estaba enojado con su rey por haber tratado injustamente y con dureza un hermano suyo. Deseoso de vengarse del monarca, vistió el guardapunte moro que había muerto en Céret con sus ropas y armas, con un cuchillo le rasgó bien la cara para que por ella no pudiera ser reconocido y mandó a unos soldados que pasearan su cuerpo extendido encima de una cibera por toda la corte de su rey y que pregonaran la noticia de su muerte en manos de moros. Al llegar la noticia a oídos del rey tuvo gran alegría al creer muerto a Roldán que se declaró contrario suyo. Pero cuando más contento estaba, cayéronle encima los siete ejércitos moros mandados por aquel gran gigante y el miedo apoderóse de él, pues nunca pudo sospechar que fuese el gran Roldán, al que aborrecía y creía muerto. Entonces comprendió lo mal que había obrado al no escuchar sus palabras, cuando le pedía justicia para su hermano, pues que si le hubiese satisfecho, no se habría movido de su lado ni le hubiera metido en el mal trance de caer en manos de moros como se veía amenazado.

La esposa y el hermano de Roldán así que éste hubo abandonado su hogar, acudieron a un brujo muy sabio para saber de él, quien les aseguró que llegaría salvo a tierras de moros, que se captaría la confianza del rey y les predijo que volvería al frente de poderosos ejércitos moros para servir a su reino. Creyeron falsa la noticia de su muerte y un engaño el

paseo de su cadáver por las calles y esperaron confiados su vuelta capitaneando los ejércitos. Así que supieron que se aproximaba una hueste mora mandada por un gran gigante no dudaron de que era él y salieron a recibirle. Roldán trocó sus vestiduras moras por las de caballero, y azuzó los moros unos contra otros y se produjo entre ellos tal confusión y tal desorden, que se embistieron unos a otros con feroz saña, sin saber lo que se hacían, tratándose mutuamente de traidores y en pocas horas no quedó ninguno en vida y el campo se cubrió de montañas de cadáveres sarracenos.

El gran Roldán había logrado sus dos intentos: dar un disgusto a su rey y destruir sin lucha ni quebranto para los suyos, los poderosos ejércitos moros.

Satisfecho Roldán de su gran ingenio, con el que había aniquilado el poderoso ejército moro y convencido de su fuerza excepcional, decidió volver al Pirineo para limpiarlo de sarracenos y para barrarles el paso si pretendían nuevamente empeler sus huestes tierras adentro de Francia. Solo, sin ninguna ayuda, corrió toda la extensión de nuestra cordillera, destruyendo los ejércitos agarenos con sus trazas. Se valía de diferentes armas y de variados ardidés. Usaba una gran espada de virtud tan fuerte y poderosa en sus manos, que de un solo golpe partía las rocas más duras y las peñas más enormes. Llamábase la tal espada Randal, o Durandal según unos, y Durandaina al decir de otros. Supo en una ocasión que detrás de una gran montaña de roca viva tenía sus reales un rey moro que maquinaba un plan de guerra para hacerle su prisionero, y nuestro héroe con un mandoble tajó la peña y partió en dos mitades la montaña y el ejército moro que ante aquel empuje huyó despavorido. Llamóse este tajo la Brecha de Roldán, y aun puede verse cerca de Sule. Otro tanto hizo otra vez cerca de Broto, donde dan igual nombre al peñasco que partió en dos; por la vertiente francesa ven en la roca la forma de un casco y la denominan el Casco de Roldán. Otro día desde Marbore, cerca de Banyeres, llevaba gran prisa para venir desde Francia a la península y, para ganar tiempo, de un espadazo partió la roca y abrióse un paso conocido por Portillo de Roldán. Las proezas de esta espada sin igual, pueden verse pintadas en las vidrieras del rosetón de la catedral de Chartres que retratan las hazañas referidas.

Además de su preciada Durandaina, esgrimía Roldán una enorme

piedra en forma de inmensa pala, con la que aplastaba las tropas enemigas y no tan sólo los infelices que caían bajo su peso, sino que hasta aplastaba las cumbres de las montañas. Cuentan que antes del paso de Roldán por los Pirineos, toda la cordillera estaba formada por picos agudos y encrespados, semejantes a agujas y las pocas vertientes eran asimismo punzantes y tajantes. Roldán, a fuerza de golpearlos persiguiendo sarracenos, allanó los picos y formó collados. Desde entonces muchas montañas son romas de la cumbre y entre ellas se extienden collados y planicies suaves, atenuados por lo mucho que los golpeó nuestro héroe. Esta arma tan singular aun puede verse en Montner, donde se mantiene erecto un megalito llamado el Maestre de Roldán, la Piedra Derecha y la Piedra Larga.

También se servía de un enorme bloque de hierro macizo de muchas toneladas de peso que usaba a guisa de mazo o de mallo. Lo manejaba como si fuera una ligera paja y lo lanzaba y esgrimía con sorprendente agilidad, tirándolo a veces cual una simple bola. Con sus múltiples ingenios procuraba reunir un buen gentío de enemigos y entonces les lanzaba su mallo y hacía gran carnicería de aquel hormigueo humano.

Aun se servía de otra arma bien singular; tal era una enorme vara maciza de hierro de unos tres metros de altura, que volteaba cual frágil aguja con la punta del meñique o con la de la nariz.

Tanto como sus armas le dió fama su cuerno de guerra, que hacía sonar con tanta fuerza que su toque se oía de veinte leguas a la redonda y a su son se estremecían todas las montañas. Los moros al oírle huían a una de caballo, pues les advertía la proximidad de su mayor enemigo, cuyo encuentro les representaba una muerte segura y optaban por huir para salvarse. Tanto le servía en la lucha el golpe de su espada como el son de su cuerno.

Ya hemos referido la gran bravura de su excepcional caballo, que a su fiereza unía la cualidad de ser gran saltador, pues que de un salto salvaba distancias enormes, con lo que ayudaba notablemente a su señor.

Una de sus proezas aun puede admirarse en el llamado Salto de Roldán, que forma dos entalladuras análogas, una de ellas cerca del río Flumen, antes de Segarrillo, y la otra cerca de Huesca, entra Gratal y Guara.

Enterados los moros del gran estrago sufrido por sus ejércitos en Francia, decidieron armar tanta gente como tenían para emprender de nuevo

su campaña para la conquista del mundo cristiano. Armaron más de mil naves que desde Morería se hicieron a la vela para transportar millares y más millares de moros armados hasta los dientes. Iban capitaneados y comandados por un enorme y feroz gigante moro llamado Ferragut. Desembarcaron en Argelers y como torrente desbordado, inundaron todo el Rosellón. Roldán por su parte había reclutado un enorme y poderoso ejército ávido de medir sus fuerzas con la morisma.

Antes de entrar en lucha, los dos capitanes, Roldán y Ferragut, se entrevistaron y entablaron conversación en la que convinieron que mejor que enfrentar y hacer chocar sus gentes, con lo que se produciría una sangrienta carnicería, sería preferible que lucharan solos ellos dos a mano limpia, sin armas ni artefacto, y, aquel de los dos que resultara vencido cedería el campo a su contrario y se retiraría con todas sus gentes sanas y salvas.

Los dos caudillos se reunieron en un monte solitario bien apartados de sus gentes, con el fin de que su presencia no pudiera influir para nada en el ánimo de los dos guerreros, y a la vez, para que éstos no tuvieran lugar a enardecerles ni azuzarles en la palestra. Los dos adalides se pasaron un día entero y verdadero atropellándose mutuamente a arañazos, mordiscos, puñetazos, puntapiés y manotadas de toda suerte, sin que hicieran mella en lo más mínimo en el cuerpo ni de uno ni de otro. Llegada la noche los dos se cobijaron en una misma barraca, se hicieron juntos la cena, que compartieron en franca camaradería y una vez cenados, ambos se echaron a dormir para descansar del fatigoso esfuerzo de todo el día.

Tanto el gran Roldán como el morazo Ferragut eran invulnerables a todo ataque y contra su inquebrantable resistencia se estrellaban todos los esfuerzos de su contrario. Uno y otro, no obstante, tenían un solo punto débil que cuidaban de preservarse y defenderse. Roldán tenía las plantas de los pies tan blandas que una simple arruga de los calcetines le habría perforado la piel y ocasionado una sangría tan rápida que le habría llevado a la muerte en pocos instantes. Por eso calzaba zapatos de hierro con siete suelas muy recias, y para mayor seguridad dormía siempre calzado y de pie, con el fin de que no pudieran descalzarle mientras durmiese. Ferragut, por su parte, tenía flojo el bajo vientre, que un solo contacto le habría producido un desgarró que le habría ocasionado la caída de los intestinos al suelo. Para prevenir todo contratiempo se escudaba el vientre

con una gruesa piedra llana que le encajaba muy bien y que disimulaba con los calzones. Cada noche al acostarse guardaba y escondía cuidadosamente la piedra clave de su resistencia, que recogía y escondía debajo de sus ropas al vestirse.

La refriega duró hasta siete días de pelea feroz y desesperada por parte de los dos capitanes, que se traducían en compañerismo llegada la noche, que se despedían con un amable, cortés y cariñoso, buenas noches, que empalmaba los buenos días de la mañana siguiente después del santo reposo de la noche.

Después de la setena el gran Roldán barruntó que su contrario debía contar con algún hado protector o debía estar poseído de alguna gracia que hacía vanos sus esfuerzos, contra lo que se estrellaba toda su gran bravura. Se dió cuenta que cada noche el moro esperaba que él durmiese para acostarse y por la mañana cuando él despertaba ya lo hallaba vestido y compuesto. Esto le hizo sospechar y se dispuso a vigilar. El séptimo día, después de cenar, dió amistosamente las buenas noches al moro como de costumbre y fingió que dormía. Cuando el moro le creyó bien dormido, con gran sigilo, como cada día, se desnudó, recogió su piedra y cautelosamente salió a esconderla fuera de la cabaña. Roldán que estaba ojo avizor, se dió cuenta del caso y creyó descubierto el punto flaco de su contrario. Esperó a que el moro estuviera bien dormido y cuando creyó que no podía oírle salió sigilosamente de la cabaña, cogió la piedra y la lanzó con toda su fuerza por encima de la gran cordillera de montañas y fué a parar en un llano próximo a Sant Hilari Sacalm en las Guilleries, y quedó clavada en el suelo hundida siete varas, muchas más de las que sobresale de la superficie donde aun se la puede ver, y es llamada la *Pedra Llarga*, menhir bien conocido por la prehistoria.

Al día siguiente, al levantarse el moro, buscó en vano su coraza de piedra, que no halló en parte alguna y sospechó lo que había pasado pero calló y disimuló. Después de los saludos de costumbre y de haberse zampado su gran caldera de migas, como los demás días, se pusieron otra vez a la lucha, muy atemorizado el moro que presentía la suerte que le esperaba. Al poco tiempo de empezada la refriega, Roldán dió un porrazo con la cabeza al vientre de su contrario, que quedó muerto en el acto y al caer al suelo aplomado con su enorme peso hizo trepidar todo el Pirineo.

Al saber los moros la muerte de su jefe rompieron todos a llorar y

tanto lloraron, que con sus lágrimas llegaron a formar un río, que aun corre por las vertientes de tramontana de las Alberes que recibe el nombre de Tec, palabrota que significa derrota. Roldán quiso honrar a su enemigo tal como merecía su bravura y su categoría, y le construyó una tumba con siete enormes piedras por losas que pesaban cien quintales cada una, tumba que alzó en el teatro de la lucha en la cumbre de un inmenso valle. Tal se creía un gran dólmen calificado de *Fossa del Gegant*, del que tomó nombre el extenso valle que presidía, y que fué destruido a finales del siglo pasado por unos pastores que buscaban un tesoro que creían enterrado en sus cimientos.

A pesar de los grandes esfuerzos del gran Roldán para acabar con los moros, y de matarlos a millares de millares sin tregua ni reposo, le salían moros de por todas partes, sin saber como ni de donde y cual si surgieran de debajo tierra, sin que nuestro héroe tuviera tiempo ni aun de disminuir su densidad. Los moros traían consigo una marrana que trataban con gran cuidado y miramiento, tanto que llegó a llamar la atención de nuestro guerrero, que con tanto luchar no tenía tiempo de prepararse la comida e iba muy mal comido y se hizo intento de comérsela asada el día que lograra matarla.

Roldán estaba desesperado al ver que cuantos más moros mataba más los había, y que todos hacían una misma cara, tanto es así que le parecía que siempre mataba los mismos. Creyó que en todo aquello debía haber misterio y se hizo intento de ver si podía sacar luz de aquel embrollo. Una noche en vez de hacerse la cena y echarse a dormir como de costumbre, se quedó en vela ojo avizor. Bien pronto advirtió que uno de los pocos moros que habían quedado con vida se acercaba a la marrana, le decía unas palabrotas al oído y ésta se tornaba una vieja asquerosa, sucia y repugnante, que llevaba un farolillo en una mano y una escudilla con unos untos en la otra, la cual corría de acá y de allá por todo el campo, y uno tras otro untaba las sienes de los moros muertos, que al momento volvían vivos, cenaban con gran algazara y después se echaban a dormir hasta el día siguiente, que volvían a guerrear para morir otra vez y resucitar de nuevo. Roldán comprendió entonces que si él los mataba de día y la vieja marrana los resucitaba de noche, su tarea no acabaría nunca. Para acabar de una vez decidió matar la marrana y eso fué lo primero que hizo al día siguiente al reanudar la refriega. Cuando los moros vieron

muerta su protectora su desesperación no tuvo límites. Ni les quedó ánimo para defenderse, pues que bien sabían lo que les esperaba. Lloraban como niños a lágrima viva y se arrancaban las barbas con desesperación. Con tantas lágrimas llegaron a formar un río que tomó el nombre de Fre-ser, nombre tomado de la *fresa* o miedo y espanto que les entró.

La gran ilusión que sentía Roldán para comerse la marrana se trucó en repugnancia al saber que era una mala bruja encantada y con una maldición la convirtió en una inmensa roca en forma de cochina, que dió nombre a un collado, el *Coll de la Marrana*, entre las cumbres del alto Ripollés, cerca de los estanques de Querançar. Esta roca erecta y arrogante permaneció en el lugar a que dió nombre, teatro de la supuesta batalla, hasta principios del presente siglo, en que unos pastores que la creían un encantamiento, la hicieron añicos buscando un tesoro que suponían que encerraba. Sus restos aun los hemos visto esparcidos por las vertientes inmediatas.

Cansado nuestro hombre de luchar solo, creyó que no sería mal partido buscar ayuda, pero le pareció difícil el hallar un compañero de su brazo. Y hete ahí que mientras estaba pensando sobre este punto, sintió un extraño ruido que le llamó la atención. Buscó de donde venía y qué podía ser y hallóse con un hombro alto y peludo que sentado ante una roca inmensa la roía y se la comía como pan, y que al hacerlo producía el gran estrépito que le había hecho apercibir de su presencia. Sorprendido ante tamaño espectáculo, Roldán preguntó al desconocido qué hacía y éste le contestó con toda naturalidad que estaba almorzando, con lo que se tragaba aquella montaña como hacía cada día al desayunarse. Roldán creyó que un tal sujeto estaba bien dotado para juntarse con él. Sus proyectos agradaron a nuestro hombre, que una vez sabidas las condiciones se avino a formar compañía con él.

Seguían nuestros dos hombres su camino, cuando les tapó el sol un enorme bulto, que pasó ante sus ojos raudo como el rayo. No tuvieron tiempo de ver lo que era y mientras discutían si podía ser un pájaro o una piedra caída del cielo, volvió el bulto y cayó entre ellos, y vieron con sorpresa que era un hombre, que les contó que se estaba paseando saltando de una cumbre a otra, y que andaba tan ligero que en menos de un cuarto de hora daba la vuelta al mundo. Al pasar se había dado cuenta de su sorpresa, había oído su conversación y se había parado ante ellos para

que vieran que no era ni un pájaro ni una piedra sinó un hombre. No hay que decir la admiración que sus razones despertaron en los dos compañeros, que todos a una lo creyeron digno de entrar en su liga. Roldán le habló; sus palabras y propósitos y el negocio le pareció bien y se avino a formar parte de la camarada.

Siguieron su camino por aquellos montes y no tardaron en dar con un hombre barbudo hasta las rodillas, que extendido en el suelo y con una oreja junto a tierra les hacía señas de que se callasen poniéndose el dedo índice junto a la boca. Nuestra gente se paró en espera de lo que pasaba. Pronto el barbudo se levantó y les habló así:

—Estaba aquí escuchando la conversación de unos reyes moros que allí en la Morería, de cien leguas más allá del mar, están tratando de armar unos ejércitos para venir a hacernos la guerra. Porqué habéis de saber que poniendo la oreja en el suelo puedo oír todo cuanto se diga por todo el mundo y me interesa saber y oír; desde la cumbre de las montañas más altas hasta el fondo de los mares más hondos, oigo todas las conversaciones por bajas que se sostengan.

Roldán y sus amigos quedaron sorprendidos ante tamañas razones y todos a una creyeron que el escucha podía ser un buen aliado para su empresa. Roldán le expuso su propósito, al que se avino nuestro hombre y se agregó a ellos.

Seguían tranquilamente su camino, cuando de repente, toda la tierra se zarandeó, las montañas se agitaban en rápido y continuado movimiento de vaivén y todos cayeron de bruces por la vertiente hasta llegar al fondo del valle, donde cayeron encima de un sujeto medio dormido tendido en el suelo que con los pies tocaba y zarandeaba dos montañas y otras dos con las manos, que al sentirse encima los cuerpos amontonados de aquellos gigantes, se puso a vocear desaforadamente. Todos gritaban y gruñían hasta que Roldán impuso orden y entabló conversación con el desconocido, quien le dijo que estaba medio dormido y al despertar para sacudir la pereza, había estirado brazos y piernas pero como los tenía tan largos y era tanta su fuerza, sin darse cuenta, había removido aquellas montañas. La tranquilidad con que hablaba el desconocido dejó atónitos los compañeros de Roldán, que molidos y maltrechos por los tumbos no paraban de quejarse y de dolerse. Roldán invitó al desconocido a unirse a ellos, y conviniéndole los tratos se agregó a la compañía.

Pasaban nuestros amigos por la vera de un río muy ancho y caudaloso que debían atravesar y no podían por su gran anchura y su gran caudal de agua, cuando de repente quedó seco en el acto y fácil de pasar a pie enjuto. Extrañados de lo singular del caso, quisieron saber que había pasado que tan súbitamente se había extinguido la corriente y siguieron ribera arriba hacia la fuente del río, cuando de repente, hallaron un sujeto que agachado se bebía toda el agua de la corriente como quien no hace nada. Roldán le preguntó que hacía, a lo que contestó que sintiendo un poco de sed se había agachado para refrescarse un poco la boca. Tamaña respuesta dejó sorprendidos a nuestros amigos y Roldán creyó que podría servirle de mucho para su empresa. Le expuso el caso, que agradó al bebedor y se agregó al grupo.

Aun no repuestos de tantas sorpresas y doloridos y magullados por efecto del terremoto y del zarandeo de las montañas, se alzó un viento tan impetuoso y tan fuerte que les hizo caer a todos rodando otra vez cuestras abajo y hacia el valle. Cuando amainó el huracán, y repuestos de este nuevo trance, buscaron su causa y dieron con un hombrazo que furioso soplaba como un energúmeno, según dijo porque se había regañado con su mujer y para no darle un palo, pues que con su gran fuerza la hubiera hecho polvo, desahogaba su corage y mal humor bufando, con lo que desencadenaba un huracán como cada vez que se veía obligado a soplar para hacerse pasar la rabia. También le pareció a Roldán este personaje apto para formar parte de su tropa y le contrató con las mismas condiciones que sus compañeros, a las que se avino y se agregó a su séquito.

Parecióle a nuestro héroe que ya había reclutado bastante gente y, sobre todo, muy bien dotada y que era ya hora de acometer su empresa, y pensó que lo mejor que podía hacer era atacar directamente al rey moro de todo el Pirineo, que tenía su corte en el castillo de Cabrera, en la cumbre de la montaña del propio nombre, que se yergue entre Massanet de Cabrenys y Cérét. A oídos del rey moro había llegado la noticia de que Roldán reclutaba gente para hacerle la guerra y un pánico terrible se había apoderado de él. Decidió enviar un mensajero a los demás reyes moros sus amigos para pedirles auxilio y ayuda. Y ofreció la mano de su hija mayor la princesa, al mejor corredor que pudiera sacarlo más pronto del mal trance en que se hallaba, haciendo llegar cuanto antes su petición de ayuda por doquier de los dominios moros. Sabedor Roldán del deseo del

rey moro, mandó al Ligerero que se presentase al concurso. Este obedeció y cuando los otros competidores tan sólo se habían dispuesto a la carrera él ya había ido y vuelto siete veces. El rey quedó muy contento y satisfecho, mas no así la princesa, que no se avino a casarse con aquel hombre viejo y feo, sobre todo fachoso y grandazo como una montaña. El rey expuso el caso al que aspiraba a ser su yerno y le propuso favorecerle con otra gracia mientras renunciara la mano de la princesa. El Ligerero se avino a cambio de que admitiera a su servicio a sus hermanos, esto es: Roldán y sus compañeros. El rey ignorando lo que hacía, admitió en su palacio á su más acendrado enemigo.

Roldán mandó al Ligerero que en vez de pedir ayuda a los reyes moros les dijera que huyesen a toda prisa Morería adentro, sino querían ser aplastados por un enorme ejército mandado por Roldán que se les venía encima. Así lo cumplió el Ligerero y toda la morisma huyó a todo correr como alma que lleva el diablo por miedo al gran Roldán y a los suyos. Un espía advirtió al rey de Cabrera que los supuestos hermanos del Ligerero eran el mismo Roldán en persona y sus compañeros. Al saberlo el rey creyó morir de espanto. Llamó a Roldán que pasaba por el hermano mayor y le dijo que con el tragin de la boda anunciada tenía el palacio lleno de gente y que por aquella noche estaba falto de cámaras para aposentarlos como merecían y que se veía obligado a situarlos en la olla de la torre, pero que a la noche siguiente ya les acomodaría tal y como merecía su rango y categoría. La olla era la cárcel de los viejos palacios situada en los cimientos de las torres, al nivel de los fosos. Sus paredes de piedra seca alcanzaban un espesor de varas y permitían ser inundadas soltando el agua destinada a llenar el foso, que penetraba en el interior de la olla por unas aberturas al efecto. El moro se propuso inundar la olla y ahogar sus huéspedes. El Escucha oyó como el moro contaba sus planes a los suyos y como mandaba que fuesen soltadas las aguas para inundar el foso y la olla. Roldán mandó al Sorberrios que bebiera el agua, que tal como iba chorreando del techo la absorbió hasta no quedar ni una gota. Roldán mandó al Roemontañas que comiese las paredes de la olla; encargo que cumplió muy a gusto, pues hacía rato que bostezaba de hambre. Destruída la olla, cuando el rey moro creía muertos sus contrarios, éstos salieron a la montaña tan frescos y campantes. Roldán mandó al Sacudemontañas que zarandeara un tanto la de Cabrera, éste la tocó tan sólo con el dedo

meñique y se conmovió tanto que el castillo de su cumbre se vino al suelo, y en un instante quedó convertido en un montón de pedruscos. Roldán vió llegar por la parte de Francia un poderoso ejército moro con muchos soldados de a pié y de a caballo, con gran alarde de máquinas de guerra que venían en ayuda del de Cabrera. Roldán requirió al Soplador para que diera cuatro soplos que hizo rodar a tumbos soldados, caballos y armamento, que no pararon de rodar hasta llegar al mar, en el que cayeron hechos un revoltijo y muriendo todos ahogados. Llegó entre estas el Lige-ro de vuelta de visitar todos los reyes moros a los que dió la falsa noticia y les hizo huir a uña de caballo con todas sus gentes y soldados, dejando palacios y riquezas en su fuga precipitada y atropellada.

Lista en poco tiempo la campaña, Roldán reunió su gente, les dijo que podían partirse a su gusto todo el botín, pues que él nada necesitaba y nada quería, puesto que se daba por bien pagado y satisfecho con sólo haber abatido y vencido los moros. Los siete gigantes se reunieron en magna junta en la cumbre del monte Canigó, cerca de Vernet, el más alto y abrupto del Pirineo mediterráneo. Sentados al suelo a la redonda empezaron a discutir y más discutir sin llegar a ponerse de acuerdo, pues su ambición era tanta que todos querían lo mejor del botín y ninguno se sentía transigente ni quería dar su brazo a torcer. Cuanto más hablaban menos se entendían y cada vez se ponían más ariscos y su gritería llegó a ser tanta, que llegó hasta los cielos y alarmó a Nuestro Señor, que para castigar su envidia les convirtió en peñascos, que aun pueden verse para eterna memoria del hecho y que han dado nombre a uno de los picos de aquel monte llamado de *Set Homes*, es decir, de los Siete Hombres.

Según otra leyenda, el gran Roldán buscando quien pudiera ayudarle en su magna y ardua empresa, dió con un hombrón tan forzudo que con un sencillo tirón de dedo meñique arrancaba los robles, las encinas, los abetos y los pinos más recios y corpulentos. Le habló y le contó como se dedicaba a matar moros, y le convidó a ayudarle, pues que con su fuerza podría dar mucha grima a la morisma. También le gustaba al Arranca-árboles aquello de matar moros y aun le pareció un trabajo mejor que el que hacía y se juntó con Roldán.

Hallaron otro hombrón que daba palmaditas a los picos más altos de las montañas como si los acariciara y las allanaba hasta dejarlas planas como la palma de la mano. Aquella jugarreta de niños agradó a Rol-

dán y al Arrancaárboles, que le creyeron un buen compañero para su empresa. Le hablaron y el Aplanamontañas se avino a seguirles y hacer campaña con ellos.

Se les hizo de noche y se cobijaron en una barraca que decidieron hacer su casa. Al día siguiente convinieron que Roldán y el Arrancaárboles irían a matar moros, mientras el Aplanamontañas se quedaría para preparar la caldera de las gachas. Así que tuvo la caldera al fuego, sintióse por la chimenea una voz zota que gritaba:

—Ponme fuego a la pipa, que allá bajo, que allá voy.

El Aplanamontañas no hizo caso pero la voz zota no paraba de gritar:

—Ponme fuego a la pipa, que allá bajo, que allá voy.

Hasta que al fin cansado de tanta gritería le dijo:

—¡Baja si quieres, pero cállate!

Y al acabar de decir esto cayóse por la chimenea un hombrín menudo como un grano de mostaza, negro y peludo como un oso, con una barba hasta las rodillas, con una pipa en la que cabía una carga de leña. Así que llegó al suelo, volvió a pedir que le diera fuego para la pipa. El Aplanamontañas le replicó que como que no le pagaba no era criado suyo para servirle y que si quería fuego él mismo se lo tomara. El hombrín se acercó al fuego, llenó su pipa con lo que se llevó casi todas las ascuas de la lumbre, después que hubo dejado la caldera de las gachas sin fuego, escupió en ella y encarándose con el Aplanamontañas le habló así:

—Dices que no me vas a servir de criado porque no te pago, pues ahora vamos a saldar juntos las cuentas.

Y sin más hablar cogió una enorme barra de hierro que había detrás de la puerta y le propinó una tal paliza que le dejó tendido en el suelo más muerto que vivo. Hecha su hazaña el hombrín se marchó tranquilamente por la chimenea.

A la hora de cenar volvieron a casa Roldán y el Arrancaárboles, cansados y fatigados de tanto matar moros y hallaron su compañero tendido y la caldera de las gachas fría y sin lumbre. Furioso Roldán pidió explicaciones al Aplanamontañas, que le contó lo que había pasado, entre las risotadas de sus compañeros, que no cesaban de tildarle de cobarde. Este, se negó a quedarse otro día y prefirió ir a matar moros que tener que habérselas con aquel hombrín de la pipa. Roldán dispuso que el día siguiente quedara el Arrancaárboles a cuidar de las gachas mientras ellos dos

volvían a por moros. Sucedióle al Arrancaárboles lo mismo que a su compañero. Hablóle el hombrín de la pipa, desde lo alto de la chimenea y le pidió fuego que él le negó. Bajó el hombrín peludo, llenó la pipa, dejó la lumbre sin ascuas, escupió en la caldera y le apaleó de tal modo que lo dejó por muerto y fuese otra vez tranquilamente por donde había venido.

Al volver Roldán y el Aplanamontañas lo hallaron como a éste tendido y medio muerto. Roldán se puso hecho una furia ante un par de compañeros tan melindres, y para el día siguiente se dispuso a quedarse él, pues que le venía muy a disgusto llegar fatigado de la lucha y en vez de descansar haberse de entretener a hervir las gachas. Y, como los dos días antes, se presentó el hombrín, que quiso amedrantar a nuestro héroe con su vozozota, pero éste le invitó a que bajara, y en cuanto lo tuvo delante, sin darle tiempo a pestañear, le cogió por el pescuezo cual si fuera un gato, sacó la caldera del fuego y tiróle a éste, que en pocos momentos se asó como un conejo y una vez cocido lo tiró a un rincón y puso otra vez a la lumbre la caldera de las gachas; cogió la pipaza del peludo y se puso a fumar tranquilamente.

Cuando llegaron sus compañeros les contó como había despachado aquel visitante impertinente y se lo mostró tendido en un rincón asado como un cabrito.

Limpio el país de sarracenos, nuestro héroe no quiso abandonarlo por temor de que si los moros se enteraban de su partida, no volviesen a invadirlo. Como ya de nada no le servían sus armas, se deshizo de ellas, aunque parece que conservó su preciada espada Durandaina, pues que la gente no dice que fué de ella. En cuanto al mallo, lo dejó abandonado en Espot, en el viejo camino de Esterri d'Aneu, no lejos del santuario de San Juan de l'Herm, en el Pallars. Hay quien dice que un día que se veía perseguido por una enorme tropa mora, con el fin de aligerar el peso de su caballo y facilitarle la carrera, lanzó el mallo contra la hueste perseguidora, la que aplastó en su totalidad. Según se cree, este enorme bloque férreo cayó con tanta fuerza que quedó enterrado bajo tierra siete veces más de lo que sobresale de la superficie. Otra de sus mazas semejante a este mallo, se guardaba en el claustro del convento de Nuestra Señora de Roncesvalles. La vara conservóla por algún tiempo; unas veces se servía de ella a guisa de bastón y cuando le embarazaba se la colgaba de un botón del vestido, o bien se la suspendía de la punta de la nariz. Una de sus di-

versiones favoritas era el hacerle dar vueltas con rapidez vertiginosa sosteniéndola con la nariz. Cansado un día de jugar con la vara, con la que tantos moros había muerto y tantos torrentes de sangre sarracena había hecho correr, y puesto que ya de nada le servía, decidió deshacerse de ella. Desde el puente de Céret echóla al aire mientras decía:

*On la vara de Roldán caurà
Massanet de Cabrenys serà.*

Eso es, que donde la vara de Roldán caerá, Massanet de Cabrenys será. La vara topó con el ya bastante derruido castillo de Cabrera y acabó de aterrarle, y de rebote fué a parar a una planicie en el fondo del valle en la que quedó plantada. Y tal como predijo el gran héroe, andando el tiempo se fundó un población en torno de la vara, que tomó el nombre predicho de Massanet de Cabrenys. La vara aun se yergue en la plaza mayor de esta población, tiene por base una rueda de molino en cuyo ojo se sostiene la base de la columna de hierro de más de tres metros de altura, rematada por una gruesa anilla en la que antiguamente se pendía el tede-ro destinado a alumbrar la danza de los días de fiesta.

Hay quienes cuentan el caso de otro modo. Al lanzar la vara desde el puente referido, nuestro héroe exclamó: *Ja és massa net!* Esto es: ya está demasiado limpia, refiriéndose a estar ya limpia de moros toda la gran cordillera. Y para rememrar la frase del Hércules pirenaico, al fundarse una población entorno de su vara, se la impuso por nombre la frase del héroe, *Massanet*; tal es la etimología parlante de este lugar ampurdanés.

Otra versión de la leyenda quiere que este lugar ya existiese en tiempos de las grandes hazañas de nuestro héroe, que una vez extinguida la morisma quiso dedicarse al descanso y fuese a Massanet con sus dos compañeros. Se dió el caso que estaban de fiestas y era tanto el gentío, que no hallaron posada en ningún mesón, y, por otra parte, al ver los tres gigantes, temían no tener bastante cocido para saciarles y que no había cama alguna lo suficientemente larga y ancha para ellos. Nuestros hombres no por ello se molestaron; pidieron prestada la caldera más grande de la población que lo era en desmesura y acordaron hervir una calderada de gachas. Mientras sus compañeros cuidaban de la lumbre y preparaban las gachas, Roldán fuese a rondar por la población y bien pronto llegó a la plaza en la que se hacía el baile. Al verle tan apuesto y tan galante y, sobre todo, tan guapo, todas las chicas deseaban bailar con él y más aun al saber que

era el gran Roldán, de cuyas hazañas y valentías tanto habían oído hablar. Y a nuestro hombre que en su vida había bailado, puesto que tiempo le había faltado para matar moros, le cayó en gracia aquel ejercicio de la danza por él desconocido, y baila que te baila sin acordarse de las gachas ni de sus compañeros, que cansados de esperarle, al ver que no volvía, comenzaron a yantar a todo carrillo hasta que no quedó ni un grano de harina en la caldera.

Al ver Roldán que sus amigos ni tan sólo se habían acordado de él después de haberles salvado la vida, al librarles del hombrín peludo de la pipa, fué tanto el enojo, que las emprendió a puñetazos, pero sus olvidadizos amigos eran tan sagaces que al venir hacia ellos un porrazo se encogían y nuestro paladín daba en el aire. Descargó uno de sus golpes contra la iglesia con tanta fuerza, que resquebrajó el campanario de tal manera que aun hoy puede verse la hendidura.

Roldán trataba de *torraneules*, eso es, de melindres, a sus compañeros para tirarles en cara su cobardía ante el hombrín peludo. Al morir les sepultó en la cumbre de una gran montaña que limita el desfiladero del valle, en la parte alta del cual nace el río Freser, cumbre que aun es conocida por *Torraneules*, nombre tomado del apodo dado por Roldán a sus ayudantes.

Mucho tiempo después de todo cuanto llevamos narrado, los moros se dieron cuenta que la presencia de la gran vara de Roldán erecta en la plaza de Massanet, les era un baldón y trataron de hacerla desaparecer. Un día, se presentó un gran señor que era uno de los primeros notables de los moros, que propuso a las gentes de Massanet comprar aquella vara, que dijo necesitaba a todo trance para no sé que cosas extrañas. Las gentes se negaron en absoluto, hasta que ofreció cambiarla por otra igual de oro macizo. Ni aun así el vecindario accedió, hasta que al fin después de mucho hablar se avinieron a que les diera en pago una suma siete veces mayor al peso de la vara. Una vez cerrado el trato y pasada el arma a posesión del disfrazado moro, la cargó en una carreta que emprendió el camino de Rosas, en cuya bahía esperaba una galera mora para llevarla a Morería. Pero fué el caso que, así que la carreta llegó al límite de la población, la vara se hizo tan pesada que no hubo medio humano de hacerla avanzar ni un paso de hormiga. Creyó el moro que el caso tenía solución aumentando el tiro de bueyes hasta el número suficiente para hacer

seguir la carreta. Mandó hacer pregones por todas partes en los que decía que compraba tantos bueyes a peso de oro como le trajeran. De todas partes del Pirineo acudían campesinos que mandaban yuntas de bueyes y que volvían contentos a sus casas cargados de oro, tanto es así que de este hecho data la abundancia de dinero en esta cordillera, puesto que todos volvieron a traerse consigo los bueyes cuando el moro los abandonó al ver que a pesar de los muchos millares que reunió no lograba ni tan sólo mover la carreta.

Desesperado el moro ante este fracaso, pensó apelar a otro medio: el de fundir la vara. Mandó hacer otros pregones llamando a los mejores herreros ofreciéndoles jornales fabulosos. De toda la montaña acudieron los mejores herreros famosos por todo el mundo por su gran bravura y arte para pelear con el hierro, pues que fueron ellos los primeros fragüeros. Atraídos por los jornales fabulosos a que pagaba su faena acudieron ferrones y fragüeros a millares, que encendieron hogueras grandes como las del infierno capaces de abrasar montañas enteras, todos agudizaron su ingenio y pusieron a contribución su arte sin lograr ni tan sólo calentar la vara que tanto más se enfriaba cuanto más azuzaban el fuego. Nadie se explicaba aquel prodigio hasta que vinieron a comprender que en ello había la mano de Dios y que aquel señorón que con tanto empeño y que no regateaba gastar montañas de oro con tal de destruir la vara debía ser algún infiel o un diablo. Las grandes masas de gentes que habían acudido de por todas partes atraídas por el suceso, empezaron a alarmarse hasta el punto de que el moro lo advirtió y desapareció sin dejar rastro antes de perder la piel. Y la vara tornó a su sitio donde aun puede admirarse.

Roldán para pasar el tiempo se entretenía jugando al guijarro sirviéndose en vez de tal de las rocas más grandes y enormes, que arrancaba de cuajo cual si fuesen una migaja y las lanzaba a distancia inconmensurable como si fueran un grano de arena. Tomaba como blanco las viejas torres y castillos contra los que lanzaba peñascos gigantes que al caer los aplastaban y arruinaban. Todas las cumbres pirenaicas estaban pobladas de castillos y de torres que nuestro héroe aplastó; sólo escaparon de su blanco las de la Massana y de Madeloc en el Rosellón. Los numerosos castillos que menudearon por nuestras cimas pirenaicas fueron levantados después del paso y de la defensa de la cordillera por nuestro héroe.

Uno de sus entretenimientos más favoritos era el juego de las chinas,

para el que se servía de piedras enormes de un peso fantástico, que lanzaba de siete en siete y que tomaba ora todas a la vez, ora de una a una, tanto con la palma como con el revés de la mano según las reglas del juego; pedruscos que al caer quedaban clavados y erectos en el suelo. Especialmente por la vertiente francesa abundan los megalitos conocidos por *palets de Roldán*, entre otros uno a la ribera del río Ferrer, cerca de Arles de Tec, y otro en el «Clot de la Llosa», entre Cuviers y Sant Pau de Fenolledes. Con una de estas moles de piedra una vez resquebrajó una peña de la cima del Puig Neulós, asimismo en tierras de Francia, de la que brotó una fuente cuya agua es considerada como la más rica del Pirineo Oriental y de ahí que se la llame la Reina de las Fuentes.

También por los Pirineos Occidentales dejó nuestro héroe recuerdos y huellas de su paso. Un día que pasaba por el valle de Roncesvalles, sentía sed y con un puntapié hizo saltar una roca debajo de la cual brotó un manantial conocido por la Fuente de Roldán. Por el valle del Roncal, cerca de Burguete, desliza un riachuelo llamado asimismo de Roldán. Un día arrancó un enorme peñasco de la cumbre del monte navarro del Aralar, cerca del santuario de San Miguel in Excelsis y lo lanzó con toda furia contra el pueblo de Madoz, en cuyas afueras aun se conserva y es conocido con el nombre de *Eroldan-ariga*, eso es: de Piedra de Roldán, magnífico megalito con estrías.

Cierta vez quería hundir la iglesia de un pueblo en día de fiesta estando llena de gente. Subió a la cima de la montaña de Iga de Monreal, arrancó un enorme peñasco para lanzarlo, pero al hacer el último esfuerzo resbaló con una boñiga de vaca y la piedra y nuestro héroe rodaron monte abajo hasta el pueblo de Urotz, distante unos cinco kilómetros, quedando la piedra clavada en el suelo. Algo parecido se cuenta de los megalitos de la Piedra de Roldán de Erazu, el del supuesto menhir de Ata, en el Aralar navarro, y la peña que cubre la entrada de una sima en el monte Belarzinketa de Leitza.

Para sus juegos y diversiones no tan sólo se servía de rocas y pedrazas, sino que tomaba como chinas y como bolos las viejas torres de moros. Allá en los tiempos antañones todas nuestras cumbres y montañas estaban coronadas por altas y recias torres que cual vigía atisbaban la proximidad de moros y así que notaban su presencia sus vigías moradores, por medio de hogueras y altas humaredas, daban la voz de alarma a los

guardas cercanos, quienes a su vez levantaban también sus humaredas y prevenían al país del peligro y lo llamaban a la defensa. Expulsados los moros ya para nada servían las torres de defensa y nuestro héroe las tomó como blanco de su juego. Las arrancaba cual una frágil hierba y tan cam-pante se las ponía debajo el brazo y cuando había arrancado hasta siete las soltaba al suelo como si fuesen simples chinias, se sentaba y se entre-tenía con su juego favorito.

Después de tanto luchar y pelear, Roldán cual cualquier otro mortal, acabó por enamorarse de una gentil doncella que se llamaba Angélica, porque era bella como un ángel. Era teatro de sus idilios el castillo de Cabrenys, en el Pirineo ampurdanés. La doncella era joven y delicada al lado de la rudeza y la bravura del gran luchador y su corazón se sentía más atraído por las caricias de un joven moro, gallardo y apuesto, en cuyos brazos se sentía mejor que entre los de nuestro héroe. Los amores de la joven pareja llegaron a oídos de Roldán que se puso hecho una furia; tan arrebatada y tan sin límites que aun hoy en sentido proverbial para ponderar un grado excesivo de furia lo comparamos a Roldán el furioso. Los jóvenes enamorados dejaron la mansión castellana de Cabrenys y partieron para la Provenza, pero conocida su fuga por Roldán emprendió su persecución.

Al saber la enamorada pareja que Roldán les buscaba decidieron huir hacia Morería, donde estarían seguros, pues que el gran matamoros no se atrevería a ir a buscarles allí donde era tan odiado por no meterse él mismo en la boca del lobo. Creyeron que el mejor camino a seguir era el de la costa, pues que no tenía pérdida y no conocían lo suficiente los caminos de montañas perdedores e intrincados. Por otra parte, su contrario los dominaba y conocía al dedillo y no seguiría otros a buen seguro corriendo el peligro de que los alcanzara. Llegáronse pues hasta el mar y siguieron bordeando la costa.

Como que nuestro héroe hacía tiempo que había abandonado la guerra y había tirado las armas, no le quedaba otro artefacto que un enorme cuchillo, que ordinariamente llevaba pendido del cuello como el dije de un collar, pero que en su alocada carrera blandía furioso acá y allá ávido de desahogar su fuerza con la pareja enamorada. Por doquier hacía mil estragos y dejaba huella de su paso. Arrancaba de cuajo árboles milenarios, destruía y hundía torres y castillos, arrancaba y removía rocas inmen-

sas y zarandeaba grandes peñascos. A lo largo de la costa de Levante pueden verse aun vestigios de su paso atolondrado y furioso. En la punta del cabo Norfeu se yerguen dos grandes rocas conocidas por las Piedras de Roldán que tajó de la peña dura de una cuchillada. Al pasar por el extremo superior de la pequeña bahía de Cadaqués, de un pisotón hizo saltar una inmensa roca que cayó al mar y formó un islote llamado Es Cucururuc. Al pasar por el Estartit de un puntapié dado con fuerza en el suelo hizo saltar unas rocas que formaron las islas Medas. En plena Costa Brava, cerca de Palamós, con un esquinco de su enorme cuchillo hizo saltar unas esquirlas de piedras que cayeron al mar y que formaron el pequeño archipiélago de las islas Formigues. Al pasar por el delta del Ebro con un puntapié tiró al agua una mole de roca que le estorbaba el paso, que se conoce hoy por la isla de Buda a la desembocadura del gran río. Ya en tierras de Valencia, siguió por el estilo y descuajó unas rocas que constituyen hoy las islas Columbretas. Por tierras de Alicante de un feroz rasguño de su arma hizo saltar una peña que cayendo del monte Puigcampana fué a parar al mar, formando la isla de Benidorm. Aun puede verse el rasguño en la peña y las gentes le llaman la Cuchillada de Roldán. En su alocada carrera llegó hasta Almería, en donde supo que sus perseguidos habían embarcado en una nave que había levado anclas e hinchado velas con rumbo a Morería. Desalentado y fatigado por tanto esfuerzo inútil, sentóse en lo alto de una cumbre que forma un vasto altiplano y comió para reponer sus quebrantadas fuerzas, y aun hoy este parage es conocido por Mesa de Roldán.

En cuanto a la muerte del esforzado caballero, paladín legendario de la reconquista pirenaica, cada pueblo cuenta su tradición. Las viejas crónicas, no mucho más sólidas que la leyenda y las canciones de gesta, nos cuentan que murió en la gran batalla de Roncesvalles. No lejos del santuario de este nombre se conservó hasta hace poco una cruz de piedra llamada de Roldán, hoy sacada de su quicio, que se decía que señalaba el lugar donde cayó herido y se le dió sepultura.

Como llevamos dicho, Roldán había nacido en constelación, los astros le protegían y no podía morir de herida ni de golpe; otro hombrazo como él, contrario suyo, se le abrazó con tanta fuerza que le ahogó y le quebró los huesos, y así murió el gran héroe de la reconquista pirenaica, el bravo Hércules de los Pirineos, según nuestra tradición.

Junto a los contrafuertes del gran macizo del Canigó, en término de Arles de Tec, en el Rosellón, se levanta un gran menhir conocido por la *Caixa de Roldán*, donde se le cree enterrado por su bravo caballo cerca del megalito tenido por el abrevadero del caballo de Roldán ya referido. La voz popular señala tan sólo su sepulcro pero no nos dice dónde ni cómo fué su muerte.

Los campesinos bretones señalan el salto de Dompierre que separa dos colinas, cuyas cumbres distan unos cien pasos una de otra, y cuentan que en el fondo del valle yacen el caballero y su bravo caballo, víctimas de una caída al querer salvar aquella distancia con un salto, que falló después de haberlo logrado otras dos veces. Un día de gran refriega, para huir de sus perseguidores, dió el paladín el salto enorme invocando el santo nombre de Dios, que le ayudó e hizo que alcanzara la cima opuesta sano y salvo. En otro aprieto semejante repitió la hazaña invocando a la Virgen, que asimismo atendió su súplica. Una tercera vez dió el salto tan enorme pero llevado por el pensamiento en su dama y no con el fin piadoso de las primeras, mas esta vez como su intención era profana, no contó con la ayuda del cielo, resbaló su caballo, y ginete y cabalgadura dieron con sus cuerpos en el abismo.

Quiere la tradición renana que cayese mortalmente herido en nuestro Pirineo, entre cuyos riscos y malezas pasó mucho tiempo perdido e ignorado, dándole por muerto. Su fiel amada profundamente dolorida por su pérdida abandonó el mundo y se encerró en un claustro junto al Rin. Repuesto Roldán de sus heridas buscó su dama y supo con dolor que se había encerrado en un convento. Maltrecho de dolor, así del alma como del cuerpo, llegó hasta el Rin y se estableció en el viejo castillo de Rolandsech, sito en una colina cercana a la que dominaba el cenobio donde su amada oraba y gemía por él creyéndole muerto. Todas las mañanas el bravo guerrero subía a lo alto de la torre desde cuya cumbre veía el jardín del convento por donde paseaban las monjas entre las que contemplaba a su amada.

Una triste mañana de otoño las religiosas no salieron al acostumbrado paseo. Más tarde se abrieron las puertas de la mansión de Dios de la que sacaron un ataúd que contenía el cuerpo de su dama que no había podido resistir la pena de la muerte de su amado. El gran héroe, de corazón tierno y sencillo no pudo soportar la idea de la muerte del único ser

querido en este mundo y no tardó en subir al cielo con su amada, consumido por el pesar y el desconsuelo.

Las gentes de Gante, sin precisarlo concretamente, presuponen que nuestro héroe murió en Bélgica, pues que de su armadura, joyas, armas y demás bagaje se fundió una campana para eterno recuerdo de las magnas gestas de tan bravo caballero; campana dotada de sonoridad excepcional que hasta ahora aun pendía en lo alto del campanario de esta ciudad belga, y cuyo son causaba admiración a cuantos lo oían.

NOTAS

Es corriente en la leyenda considerar los héroes civilizadores y conquistadores como enormes gigantes a cuya acción les es atribuida todas aquellas obras magnas y excepcionales a la concepción popular, entre las que figuran los megalitos y aun muchas rocas y fenómenos naturales difíciles de diferenciar de las obras humanas para muchas gentes sencillas. La nomenclatura de un buen número de dólmenes y de menhires en todos los países de cultura megalítica responde a esta concepción, y muchos son los nombres relacionados con gigantes y demás personajes mitológicos o fantásticos, entre los que Roldán es tan sólo uno de ellos.

Una parte de las leyendas referidas, la del paso de los Pirineos y la lucha con el moro que guardaba la entrada y percibía el pontazgo, la de la lucha con el moro Ferragut, y la de los amores con Angélica, forman parte del ciclo legendario carolingio y de las canciones de gesta de los siete Pares de Francia, y han sido difundidas por los viejos libros de caballería, de los cuales han descendido hasta el alcance de las gentes humildes y semi analfabetas.

Las leyendas de los siete y de los tres compañeros dotados cada uno de ellos de un ingenio especial de condiciones sobrenaturales y sobrehumanas pertenecen al fondo común de la novelística popular y constituyen un caso de personificación en la gran figura de Roldán. En calidad de cuentos figuran entre las narraciones de esta categoría de todos los pueblos de Europa con ligeras variantes y alteraciones que no afectan el fondo ni la línea esencial de la narración. Nosotros las hemos recogido de la tradición oral y Horaci Chauvet las publicó en sus *Légendes du Roussillon* (Perpiñán 1906).

La famosa vara de Roldán se mantuvo en la plaza de Massanet de Cabrenys hasta hace unos veinte años.

Estas leyendas han sido recogidas de la tradición oral en el curso de varios años, escuchadas y oídas de boca de las siguientes personas: Rdo. D. José Planes, de Ripoll; D. Rafael Mir, profesor de Matemáticas, de Barcelona; D. Tomás Ragué, farmacéutico e historiador, de Ripoll; D. Salvador Vilarrasa, escritor y propietario, de La Pobla de Lillet; D. Pedro Vayreda y Olivas, escritor y propietario, de Lladó; D.^a Teresa Muntanya y Pujolar, de Llers; D. Juan Francés, pastor, de La Junquera; D. Juan de las Vacas, pastor, del Rosellón; D. Martín Tauler y Pruneda, profesor, de Palamós; D. Luis Camós y Cabruja, historiador y compositor, de Palamós; D. José Serra, compositor, de Peralada; D. Juan Rabán, marinero, de Cadaqués; D. Martín Vergés, panadero, de San Martín de Ampurias; D. José M.^a Vilarmau y Cabanes, poeta y propietario, de Santa María de Marlés; D. José Cases y Escric, librero de Barcelona; Teresa Coll, hechicera, de Ripoll; Margarita Marginet, porquera, de Riu, y María Turet, labradora, de Ger.